



Ha pasado ya un año desde la muerte del Papa Francisco, en plena luz pascual. Un año hace de aquel 21 de abril de 2025, que muchos vivimos con una mezcla de dolor, gratitud y silencio. Y, sin embargo, su ausencia no se ha convertido en vacío. Más bien, su presencia se ha vuelto de otro modo: más honda, más interior, más extendida en el alma de la Iglesia.

¿Qué es lo que muchos vemos al pasar por el corazón aquellos años de primavera eclesial? Vemos más que un simple recuerdo. Vemos una forma de mirar, de sentir, de discernir... una manera de ser Iglesia que sigue viva.

En estas líneas ofrezco una semblanza de quien, en América Latina, se le llama “el hermano de todas las horas”.

Escribo porque me siento agradecido, con muchos hombres y mujeres, por su existencia bondadosa y profética, que nos llevó a poner más intensamente la mirada en Jesús y nos condujo a una Iglesia sinodal y misionera.



FUE UN VERDADERO “TRAUMA”

El jesuita y periodista Antonio Spadaro, uno de quienes realmente estuvieron muy cerca de él, define el paso terrenal de este Papa “venido del fin del mundo” como un “trauma”. Es la definición que más se aproxima al sentido de una pérdida que permanece. Un trauma, cuando ocurre, estalla con toda su naturaleza arrolladora e irreductible. Nadie puede saber cómo, nadie puede explicar del todo por qué. Pero, desde luego, un trauma no pide permiso para manifestarse. Simplemente sucede. Y deja huella.

El “trauma” no pasa, como Francisco no pasa. En su funeral, observaba la reunión de poderosos que se situaban junto a aquel féretro, en el

atrio de San Pedro. Algunos, viendo sus rostros y recorriendo sus biografías, cabe pensar que estaban pensando que “por fin lo habían enterrado”. Allí estaban todos: quienes lo habían definido como “un sucio comunista”, quienes lo habían presentado como un “usurpador”, un “anticristo”, “el demonio”. Y también quienes lo habían ridiculizado con cierta cortesía, como corresponde a un personaje algo ingenuo, que habla de cosas inexistentes, exageradas.

Allí, o a través de la televisión, estaban quienes lo amaban y también aquellos curas, la mayoría españoles, que rezaban para que Dios se lo llevara a su seno.

Estaban también quienes sostienen que los papas y todos los cristianos “deben hablar de salvar almas, no de política”: una fórmula repetida también en estos días para intentar neu-

tralizar las posiciones del papa León contra la guerra y contra el puñado de tiranos que la utilizan para devastar el mundo. Todos, en cualquier caso, “traumatizados” por su paso.

El “trauma Francisco” es y será. No va a desaparecer. Las broncas a la Curia romana, su denuncia frontal del clericalismo y de los chismes que corroen la vida comunitaria todavía escuecen.

UN PASTOR QUE NOS ENSEÑÓ A MIRAR CON MISERICORDIA

Si algo permanece con fuerza es la centralidad de la misericordia. No como un concepto teológico más, sino como el corazón mismo del Evangelio vivido. Francisco no habló de la misericordia como quien explica una doctrina; la ofreció

como quien abre una puerta. No repitió una y otra vez lo misericordioso que era, sino que fue misericordioso en cada gesto y cada palabra. ¿Quién olvida la “primera” encíclica no escrita con letras, sino vivida en Lampedusa, con migrantes africanos?

Nos enseñó que la Iglesia no puede situarse primero como juez, sino como madre. Que antes de preguntar hay que acoger. Que antes de rajar y sospechar hay que abrazar.

En un mundo herido, él repetía una imagen que hoy resuena con más verdad que nunca: la Iglesia como “hospital de campaña”. No un lugar para seleccionar a los perfectos, sino un espacio donde se cura, se acompaña y se devuelve la esperanza.

Y uno se pregunta: ¿No es esa la Iglesia que necesitamos hoy? ¿No es esa la Iglesia que, en el fondo, siempre soñó Jesús?

UN CRISTIANO PROFUNDAMENTE HUMANO

No hay duda que su humanidad es reconocida por creyentes y no creyentes. Esta cualidad cristiana apareció en todo su pontificado, abrazando, besando pies y rostros, escuchando, escribiendo a víctimas de abusos.

Pero ya de antes venía esta cualidad y se expresó en un montón de gestos. Una monja amiga suya, que tuvo sus más y sus menos con Bergoglio, y que lo había conocido antes de ser obispo de Roma, reconoció su profunda humanidad.

Esa monja, “saltó todo protocolo”, no por falta de respeto a Francisco sino precisamente porque vio que para Francisco el protocolo auténtico consistía en preocuparse de los demás, de los que estaban “al borde del camino”.

Cuando Bergoglio era obispo de Buenos Aires, la monja se atrevió a escribirle para recriminarle su actitud en los tiempos oscuros de los desaparecidos de Argentina, durante la dictadura de Videla: una de las desaparecidas era la tía de Genoveva. Los desaparecidos aparecieron asesinados, y en el entierro de los mismos no había una sola representación del arzobispado. La monja escribió a Jorge Bergoglio reprochándole su ausencia. El arzobispo llamó luego por teléfono a la monja y le dijo que él estaba apoyando

la causa de los desaparecidos, pero sor Genoveva no quedó satisfecha y le dijo que tenía que haber estado él allí en el entierro.

Las palabras del todavía obispo, fueron espectaculares. Ante el reproche de la monja, él se quedó en silencio un buen momento y luego la respondió: “Gracias, mi hermana, así debemos hablarnos entre hermanos y hermanas”. Ocho años después de aquello, Jorge Bergoglio es elegido papa y ella que estaba en Roma trabajando dice que fue invitada por el nuevo papa, que se acercó a ella y la besó. Es un testimonio

tan humano que precisamente por eso es divino. Al morir Francisco, vimos a Genoveva orando ante el féretro de su amigo.

Este testimonio es como para que los que se creen “jefes” de nuestra Iglesia -y los hay, y a muchos “súb-

ditos” les gusta recordárselo, para obtener prebendas- piensen como viven ellos su servicio. Para algunos el ser “jefe” supone vivir desde lo que podríamos llamar “la autoridad de la manzana”. ¿De qué se trata esta autoridad? Pues no hay más que mirar el libro del Génesis, donde leemos: “Si comes del fruto de ese árbol llegarás a ser como Dios”. Y más de uno se lo cree, porque ha comido de esa “manzana”, y por eso “se cree más”, aunque no lo reconozca.

Otros “jefes” son diferentes, su autoridad no se basa en “la manzana” sino en “lavar los pies” al hermano, al estilo de Jesús. La autoridad de la manzana es herética, es blasfema, aunque la practiquen muchos vestidos de “autoridad” dentro de la iglesia. Solo hay una autoridad evangélica: la autoridad de lavar los pies, que es la que siempre vivió el papa Francisco, y que es la que emana del evangelio de san Juan: “Si no te lavo no tienes nada que ver conmigo”, que le replica Jesús a Pedro, al primer papa, al que sucede Francisco.

Y Bergoglio lo volvió a demostrar desde el balcón del Hospital Gemelli, donde llevaba casi cuarenta días hospitalizado el año pasado, cuando lo primero que hizo fue dar las gracias públicamente a la mujer que todos los días le había llevado flores; no dio las gracias a los grandes, a los importantes, dio las gracias a



aquella mujer sencilla que le había demostrado todo su amor. Una mujer anónima pero que estuvo siempre cerca de él. Para Francisco no había sino gestos y experiencias de amor, y eso era para él lo más importante.

Como dice el periodista Salvatore Cernuzio, buen amigo suyo, vivió situaciones que le hicieron sufrir o le decepcionaron, como cuando se enteraba de que se hacían cosas a sus espaldas o se filtraban otras.

Murió con la misma sencillez y ternura con la que vivió. Sus últimas palabras, antes de morir, después de pedir un vaso de agua a la enfermera que lo cuidaba, fueron: “Gracias, disculpe las molestias”.

EL DON DEL DISCERNIMIENTO: CAMINAR SIN MIEDO EN LA COMPLEJIDAD

¿Era el papa Francisco “progresista” o “conservador”? Yo no creo que fuera un “adelantado”, que fuera en contra de tal o cual tradición, o que se mantuviera apegado a normas o costumbres de otros tiempos. Siempre estuvo abierto al soplo del Espíritu en cada circunstancia, muy al estilo de Juan XXIII, por ejemplo.

Francisco no nos dejó un sistema cerrado. No nos entregó respuestas prefabricadas. Nos dejó algo más exigente y más evangélico: un método espiritual: El discernimiento.

En un tiempo que busca certezas rápidas y soluciones simples, él nos invitó a escuchar, a orar, a leer los signos de los tiempos. Nos enseñó que la voluntad de Dios no se impone desde fuera, sino que se descubre caminando.

El padre Antonio Spadaro lo expresa con claridad: lo que queda es esa “tensión espiritual”, esa brújula interior que orienta en medio de la complejidad.

Y aquí hay una herencia profundamente pastoral: no tener miedo a los procesos, no desconfiar de las preguntas, no huir de la realidad. Hay que mirar a la cara a la realidad, enfrentarla, pensar y ponerse a trabajar. Jamás mirar para otro lado y pretender que lo que está mal no existe. Porque Dios sigue hablando en la historia, y nos pide abrir ojos y oídos, y poner manos y pies para hacer un mundo según su Corazón.



LA SINODALIDAD: APRENDER A CAMINAR JUNTOS

Otro de los grandes regalos de Francisco ha sido la recuperación de la sinodalidad. Una palabra que, poco a poco, ha ido dejando de ser extraña para convertirse en experiencia.

La sinodalidad no es un método organizativo. Es un modo de ser Iglesia. La Iglesia es sinodal.

Sinodalidad es sentarse a la mesa, escucharse de verdad, reconocer que el otro tiene algo que decirme, incluso cuando piensa distinto. ¡Gracias a Dios que el otro piensa distinto a lo que yo pienso! Por eso no es mi enemigo, ni quiere serrucharme el piso. ¡Es que el otro tiene el derecho y el deber de pensar, y si lo hace, debo dar gracias a Dios!

Sinodalidad es creer que el Espíritu Santo no habla solo a unos pocos, sino al Pueblo de Dios.

Francisco nos recordó algo que se sabía, pero que estaba un tanto opacado: que el Espíritu ilumina a todos y cada uno, aunque no comparta siempre lo que el otro piensa.

Francisco soñó una Iglesia donde nadie quede fuera del camino, donde todos tengan

voz, donde la diversidad no sea amenaza sino riqueza.

Un año después, vemos que ese camino no se ha detenido. El pontificado de Papa León XIV parece continuar esa intuición profunda: una Iglesia abierta, en salida, cercana a los más vulnerables.

“TODOS, TODOS, TODOS”: UNA IGLESIA DE PUERTAS ABIERTAS

Hay palabras que resumen una vida. En Francisco, una de ellas fue repetida con fuerza ante los jóvenes en Lisboa: “Todos, todos, todos”. No era un eslogan. Era una convicción evangélica.

Como recuerda Salvatore Cernuzio, esa expresión marcó un cambio de lenguaje en la Iglesia. Defender la vida ya no podía reducirse a una dimensión. Había que abrazarla en todas sus formas: la del migrante, la del anciano, la del pobre, la del abusado, la del que sufre por la violencia o la marginación.

Francisco ensanchó el corazón de la Iglesia. Nos ayudó a comprender que nadie queda fuera de

la mirada de Dios. Que nadie está de más. Que todos somos necesarios.

UNA MIRADA PROFÉTICA SOBRE EL MUNDO

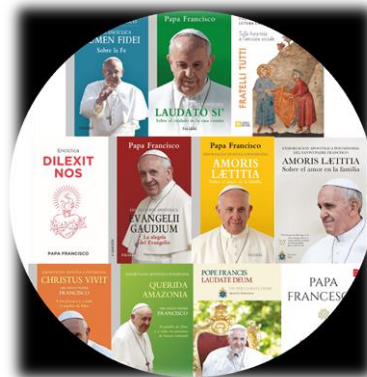
También queda su lucidez. Su capacidad de leer la historia con profundidad.

Cuando habló de una “tercera guerra mundial a trozos”, no estaba exagerando. Estaba poniendo nombre a un mundo fragmentado, herido por conflictos dispersos pero constantes. Hoy, sus palabras resuenan con una fuerza casi profética.

Y eso también forma parte de su legado: ayudarnos a no vivir distraídos, a no anestesiar la conciencia, a no apagar el pábilo que humea, a no acostumbrarnos al sufrimiento de las personas y de los pueblos.

Recordamos su manera de comunicarse en cierta manera transgresora, hablando sin tapujos así: “la globalización de la indiferencia nos ha quitado la capacidad de llorar”. No olvidaremos el beso a los pies de los líderes enfrentados de Sudán del Sur, ni las llamadas telefónicas nocturnas al párroco en Gaza.

Desde esa mirada impulsó una preocupación por la casa común; un interés mayor por la caridad política en un mundo de hermanos o una educación integral y al servicio del bien común a través del Pacto Educativo Global.



UN RECUERDO QUE SE VUELVE COMPROMISO

A un año de su partida, el mayor homenaje que podemos hacerle no es solo mostrarle nuestro afecto, sino acoger su herencia con responsabilidad.

Francisco, al estilo del Maestro, no quiso admiradores. Quiso discípulos, no suyos, sino de Jesús: capaces de vivir la misericordia; que se atrevan a discernir y a pensar antes de hablar por hablar; que caminen juntos, siendo diferentes en ideas y estilos. Discípulos que abran puertas.

Quizá, en este momento, en lo profundo del corazón, cada uno podríamos preguntarnos:

- ¿Mi forma de vivir la fe se parece a esa Iglesia de puertas abiertas que quiso Francisco?
 - ¿Soy capaz de escuchar antes de juzgar; de amar antes de chismosear?
 - ¿Dejo espacio al Espíritu para que me sorprenda?
- Francisco ya no está físicamente entre nosotros. Pero su voz sigue susurrando en la vida de la Iglesia. Y tal vez, si afinamos el oído del alma, podamos reconocerla en gestos sencillos, en personas y comunidades que acogen, en corazonces que se abren.
- Porque hay vidas que no terminan. Se convierten en camino. Y el suyo -el de Francisco- sigue siendo, para muchos, un camino de Evangelio vivido con ternura, valentía y esperanza.

**Gracias, Papa Francisco. Muchas gracias.
Y bendícenos desde el cielo.**



Lima, 21 de abril 2026